

espíritu hispano le toca dar plenamente su nota, su nota de valor universal, en la gran sinfonía de la moderna civilización humana.

* *

El ministro de Educación pública, de Méjico, licenciado José Vasconcelos, contesta a Romain Rolland en términos dignos del glorioso novelista. En esa respuesta—que vemos en *El Demócrata*, de Méjico, correspondiente al 4 de febrero—concreta el gobernante hispano-americano la fórmula feliz de nuestro común ideal: «Seguimos creyendo—dice—en una latinidad de savia española y de alcance universal que acoja en su seno a todas las razas para la libertad y el bien».

«Su aprobación—agrega después— a la idea, vieja entre nosotros, de reunir en un solo haz los miembros dispersos de la raza ibero-americana la veo como una consagración a este ideal, puesto que la fórmula una de las almas más libres de la época, uno que está por encima de los prejuicios de raza y tiempo. No tema que traicionemos el verdadero internacionalismo al agruparnos para constituir

una gran fuerza. Queremos esa fuerza, justamente, para garantizar la libertad de expresión de todos los tipos humanos dentro de géneros cada vez más altos».

Así habla el ministro de Educación en nombre de la República mejicana, un país agitado por la discordia y la violencia, pero donde esas mismas convulsiones nacen de un sentido avanzado, de un anhelo de progreso social. «Nuestras luchas civiles de los últimos años han pretendido asegurar una mejor distribución de las riquezas naturales; mejor remuneración del trabajo; dicha y cultura para todos».

¡Cuán armónicamente se juntan esas dos voces, la del escritor francés y la del ministro hispano-americano, en la sinfonía ideal del mundo! ¡Y qué gran misión se dibuja en él para una España futura que sepa responder al fraternal anhelo de veinte pueblos de su sangre y de su lengua, que necesitan y quieren afirmar el alma común, «para la libertad y el bien», en una obra concorde de espiritual civilización!

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

2ª—Porque un escritor tiene necesidad de lanzar un libro de cuando en cuando, como las fábricas una novedad, para forzar la administración de los periódicos y lograr un poco de publicidad sin desembolsar un céntimo. Un libro es siempre un pequeño escándalo, una amenaza, un peligro... El libro, para el escritor es como el *raptó* sufrido por Pierro Benoit y el *secuestro* de que fué víctima mi amigo Vicente García Huidobro, como el collar de perlas perdido o robado de Mademoiselle Patanlaire, la escapa misteriosa y principesca de la bailarina Cleopatra de Montmartre, el divorcio del insigne poeta Romerito y de su digna esposa la insigne poetisa Lesbianelle, el duelo de... ¿Me han comprendido Uds?

3ª—Porque un libro que se edita, es como el número de la lotería de Navidad que se juega... ¡a lo mejor sale y con él le llega a uno el premio gordo! Porque es necesario descontar los que «ganan dinero con sus libros»... En lengua española hay dos que ganan dinero con sus libros, o mejor dicho: uno que gana dinero y otro que se gana la vida; el primero es Blasco Ibáñez y el segundo Vargas Vila. Después están los miles que dicen que... que el año pasado no sé cuantos... que el contrato con el editor Tal... Pero esos señores no hacen rabiar más que a los pobres de espíritu.

4ª—Porque aparte de esas razones prácticas, hay otra razón: la vanidad. ¿No es verdad que hace cosquillas en el espíritu ver su nombre impreso encima de una cubierta y de un título al lado de un retrato, si es posible, y sobre el respetable volumen que forman las trescientas páginas?

La tercera pregunta es también difícil de contestar. ¿Qué obras preparo? ¡La mar!... Figúrense Uds. que son como seis o siete y muchas no tienen título todavía. En fin, para satisfacción de los pocos curiosos que hubiere, citaré una de ellas que ya no preparo, porque está lista: *EL ASESINO SENTIMENTAL*. Es una novela—si se quiere—que no pasa en ninguna parte, que no contiene condes, marqueses, prostitutas, chulos, escenas droláticas, descripciones picarescas o verdes, que no presenta aberraciones sexuales de ninguna especie, en una palabra, ninguno de los elementos que hacen a una obra así vendible y *exitable*... Tal vez vaya el pobre a la cárcel del olvido, junto con esos otros a los que quiero con preferencia, ya saben Uds. por qué.

...Y mi amigo Barbagelata estará contento... quiero suponerlo.

A. SUX

Respuesta a una "enquéte" de "L'Amérique Latine"

París, 14 de abril de 1924

Sr. García Monge

Mi grande y admirado amigo:

Ahí va «eso» para el REPERTORIO. Es un mezquino adelanto a la deuda de gratitud que Ud. aumenta constantemente. En su nombre me llegan muchas bellas cosas de nuestra América. ¡Muchas gracias!

A pesar de mis largos silencios, soy un elocuente admirador suyo y un auténtico amigo. Las dos manos de:

A. Sux

«¿Cuál es el libro que Ud. prefiere entre los que Ud mismo ha escrito?

«¿Qué fin persiguió Ud. al publicarlo?

«¿Cuál es la obra que Ud. prepara en estos momentos?»

Estas preguntas las hace mi queridísimo amigo Hugo D. Barbagelata en su periódico trilingüe *L'Amérique Latine*.

Y yo contesto:

Cuando se tiene necesidad de ir al mercado y de pagar cada kilo de patatas con una pepita cerebral, les aseguro a Uds. que no se tienen preferencias por esas pepitas. «Entre los que yo mismo he escrito»—como reza la primera pregunta de esta osada encuesta—el libro que prefiero es el que ningún editor se ha atrevido a comprarme aún, que tal vez se publique cuando tenga con qué hacerlo, y que tal vez—y es lo más seguro—quede de herencia a los míos, con la espe-

ranza que de aquí a cincuenta años el coraje cívico y profesional de los editores hispanoamericanos será más grande que el de los de ahora; y, ¿sabéis por qué lo prefiero? Porque nadie lo quiere, por caridad, por ternura, como se prefiere a un hijo feo y anti-pático, para equilibrar con exceso de amor paternal la indiferencia hostil de los extraños. ¿Cómo lo llamo?... ¡Ah, es un secreto!

Como puede verse, me es imposible responder a la segunda pregunta de la encuesta porque mi preferido es inédito... ¡el pobrecito!

Sin embargo, si alguna vez lo público ha de ser, sin duda, por las siguientes perogrullescas razones:

1ª—Porque siempre que se escribe un libro se piensa en publicarlo; pues el destino de los libros es el de los hombres, y sería lo mismo preguntarle a una madre qué es lo que perseguía cuando dió a luz a su hijo mayor.